

USA 5

por Juan de la Cabada

1

Blanche

Volvían de la escuela dominical de la Iglesia de Christian Science. Delante, la niña; luego, su corpulento hermano —19 años— junto a la tía Hanna —soltera, de 35— y por último el padre con la madre, rayanos en los 50. Todos pulcros y circunspectos, despacio y respetables. Mabel, la niña, se detuvo ante la escalinata del hogar a esperarlos, y saturada del silencio y el orden que reinaban en torno suyo se sentía infeliz. Para colmo, le dolía la cabeza.

Estaba triste, tan triste que ni ganas tenía de ir a ver luego a Mr. Houser y mostrarle su vestido blanco. Tenía muchos blancos, pero aquél era nuevo. Mrs. Kramer, su madre, la dejó fuera:

—Estás pálida, criaturita. Quédate un rato aquí a tomar el sol.

La señora entró a preparar una de esas monstruosas comidas de domingo y más tarde todo mundo engulló glotonamente. Pensar en aquella mesa grande, bajo el chasqueante gruñido de alimentos, siempre produjo náuseas a la niña.

¡Qué molesto dolor de cabeza! Andaba inquieta y no quería acostarse; quería oír que alguien hablara de aventuras o le dijese algún cuento. No, decididamente no iría a visitar a Mr. Houser. Era muy bueno y la llenaba de cumplidos, pero si nunca le contó cuentos ¿cómo esperar de él, precisamente hoy, un cuento bonito? La tía Hanna estaba muy ocupada, repasando ropa y, además, desde antes anunció que al terminar saldría de visita.

Se acordó de su hermano.

—Brother . . . —suspiró—. ¡Oh, sí! A él le gusta hablar y va a contarme un lindo cuento.

Corriendo subió las dos escaleras que conducían al desván. Pero el grandulón dormía profundamente con ronquidos estentóreos. Desolada, movió la cabeza. El muchacho tenía las sábanas hechas bola sobre la cara; la ropa tirada y por el suelo dos de sus favoritas novelas de detectives, entreabiertas las hojas en señal de las partes donde había dejado la lectura.

—¡Vaya, vaya! —murmuró, agregando sin ánimo aún de rendirse: “Hay que hacer algo; si algo quiero, debo insistir para conseguirlo. ¡Le pediré el cuento a papá!”

Bajó a la sala, que a la sazón tenía entrecerrados los visillos de la ventana, ya que la señora Kramer jamás dejó de prote-

ger de la luz del sol sus alfombras, y lo divisó leyendo en la semipenumbra mientras fumaba. Por detrás y de puntillas, para causar sorpresa, llegó Mabel e interrogó:

—¿Qué estás leyendo? ¿Vas a leerme a mí también?

El señor Kramer echó una bocanada de su puro y reposadamente contestó:

—No, no voy a leerte nada. Esto es Dickens y sus historias no son propias para muchachitas de tu edad.

La chica se inclinó para desviar el libro de la vista del señor y descansó la cabeza sobre los muslos paternos.

—Léeme algo, o dime un cuento, papacito.

El padre la empujó suavemente.

—No. Vete a jugar. Sé buena chiquita. Pórtate bien.

Mabel levantó la voz:

—¡Quiero un cuento!

Pero como él no hizo caso, ella tornó a salir. ¡Ninguna persona le hacía caso! ¡Nadie para hablar! ¡Nadie que acariciase su cabeza y le quitara el dolor!

Los Bradley, a la manera de casi todos los domingos, habían ido a visitar a sus parientes ricos. Y Johnny Klutz, que frecuentaba la escuela dominical de *Christian Science*, como ella, estaba encerrado en su casa, pues tenía la obligación de oír que su padre comentase la Biblia.

Ningún domingo salía Johnny. Era un mundo triste, éste de los domingos. La calle estaba desierta. Caminó hacia el otro lado. En la acera contraria y el punto exactamente opuesto al de su casa, vivían los Postner. Oyó rumores extraños en idioma ininteligible y un tono como si estuvieran peleando, aunque nadie poseyese allí una voz que pudiera compararse a la terrible de Mrs. Kramer, su madre. El viento traía unos olores raros de la cocina de los Postner, y Mabel como un perrito los olfateaba. Nunca notó semejantes olores respecto a la cocina de su casa ni de las de sus tías —cocinas a las que jamás había entrado—, pero estaba segura de que aquellos olores distintos, distantes, procedían esencialmente de las mismas substancias que almacenaban las cocinas de toda la urbe.

Por un momento su curiosidad no tuvo límites. Se instaló al umbral de la puerta de los Postner y allí permaneció apocada, sin bastante audacia para tocar y entrar.

¡Eran gentes tan extrañas! ¡Todos tan morenos! Terriblemente oscuros, y con su pelo ensortijado. No hablaban inglés y raras veces sonreían. Los dos niños, uno de la edad de Mabel y el otro tres años mayor, nunca jugaban entre sí ni con los demás chicos. De tan serios parecían adultos e infundíanle una mezcla de pavor y desdén. La vieja abuela de los Postner era quien más la fascinaba. Llevaba un abrigo largo y negro que casi tocaba el suelo. Tenía una barbilla pronunciada y cabellos grisáceos. El robusto abuelo, aparte de barbas largas profusas y rizosas, usaba levitón negro y gorro, un gorro completamente redondo y también negro.

—Apuesto a que él sí podría decirme cuentos buenos —pen-



só Mabel al aparecer el abuelo a la puerta. Pero la solemnidad del anciano la intimidó y se alejó del umbral de los Postner.

Ahora, ya más aburrida, regresó al porche de su casa. Era domingo y no podía ensuciar sus vestidos sentándose sobre los peldaños polvorientos. Las ocasiones en que nadie la veía gustaba de arrellanarse en el mismo sillón donde su abuela se sentó en vida; mecerse atrás y adelante e inclinar su cabeza con el mismo gesto acostumbrado por la difunta cuando quería tener el pelo suelto mientras la peinaban. Cansada de esta diversión se fue a vagar de nuevo por la calle. Trató de contar 1, 2, 3, 4, 5... pero eso era todavía más tedioso. En aquel momento abandonó la esperanza y consideraba ya perdido el día, cuando vio a una desconocida que pasaba. ¡Una extraña en su calle! Rara belleza con su pelo restirado, grandes y negros ojos, un cuerpo esbelto de compactas formas dentro de un vestido sencillo y de suma elegancia. “No, nunca la vi antes. ¡Qué bueno, que bueno. Quizás pueda contarme un cuento!”

La joven sonrió, llena de generosidad, y Mabel, como niña efusivamente amistosa, le sonrió y dijo:

—¡Hello! ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Blanche —respondió la especie de hada. Calló durante un momento y añadió: “Y el tuyo es Mabel.”

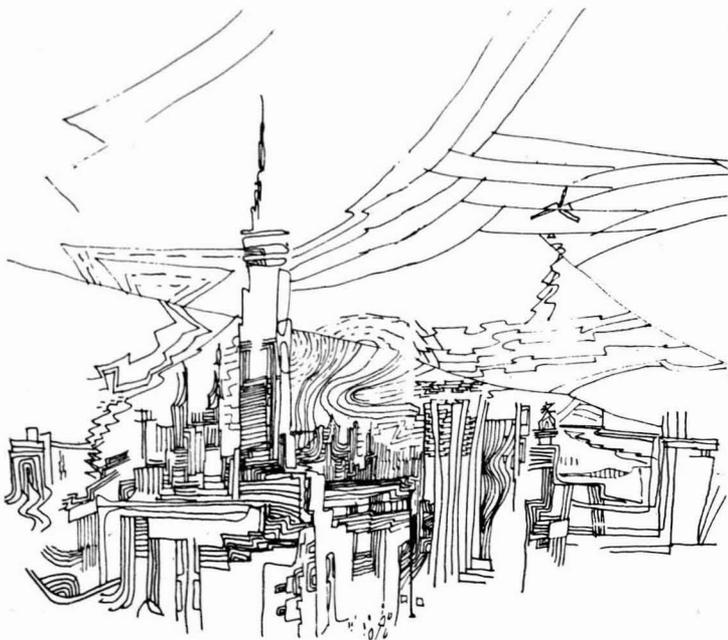
La pequeña aplaudió, zapateando con alegría:

—¡Sabes mi nombre! Pues... ¡anda!, cuéntame un cuento.

—Hoy no, preciosa, pero ¿te gustan los secretos?

—Oh, sí —respondió la niña, maravillada.

—Entonces búscame al fin de esta calle el domingo que viene,



a las doce, y sabrás uno. Y de prisa dijo adiós, antes de que la pequeña pudiese preguntarle: “¿Pero cómo sabes mi nombre?”

Alucinada volvió a casa. Sin el menor ruido que alterara el reinante sosiego se acurrucó a la cabecera del largo sofá, después de quitarse precavidamente las zapatillas. Poco a poco fueron cerrándose los párpados y soñó con Blanche y lo animado que platicaba entre risas Mabel acerca de sí, entrando a escena Johnny, los Bradley, los Postner, Mr. Houser... ¿Cuánto duró el sueño? De lejos comenzaron a introducirse y merodear en vuelo, dentro de un resonante túnel con rascacielos, paisajes de selva y letreros, una sucesión de negros y negras, verdes japoneses, rubios melnudos, rubios barbudos y rubias en bikini, a los sonos de jazz, guitarras eléctricas, cantatas modernas y bailes de moda.

—Mabel, Mabel —unas manos la sacudían por los hombros.

“New York... New York... New York...”, percibía, claramente, a intervalos llenos de murmullos.

Las manos habíanla incorporado. Creyó, de pronto, que era el domingo siguiente. “Hoy a las doce” —pensó, y saltó del sofá. Pero estaba oscuro el recinto. Tenía delante a Mrs. Kramer y más allá la pantalla de televisión, donde aparecieron círculos concéntricos hasta un punto que se hizo cada vez más pequeño y desapareció en el infinito al contacto del dedo índice de Mr. Kramer, que aún oprimía la llave del conmutador. ¡Cuánto habría dado porque fuera el siguiente domingo! Hace apenas un instante detestaba el nombre de ese día, y ahora deseaba que mientras estuvo dormida hubiese pasado la semana entera para despertar alto el sol de su domingo. Faltaba mucho, mucho tiempo —¡seis... siete días!—; pero a lo menos huyó como por ensalmo el dolor de cabeza.

Dejaron a oscuras la sala. En el iluminado comedor se reprodujo el debate cotidiano por el empeño de atiborrarla. Sólo aceptó el vaso de leche. Los diálogos cortos y espaciados del matrimonio la enteraron de que Paul —para ella Brother— había vuelto del cine y estaba en su cuarto del desván, así como que aún no regresaba de su misteriosa visita la tía Hanna.

Luego, su madre la puso en pie, de espaldas, empujándole hacia adelante la cabeza para que doblara el cuello.

—Mira: el vestido nuevo que se le acaba de comprar, ¡todo, todo arrugado! —le asentó un coscorrón y así acabó de bajarle el cierre automático, al par que la niña daba media vuelta, presa de risa incontenible y mirando alternativamente a padre y madre.

Los veía como en el sueño: ella de hawaiana, meneándose bajo una palmera, y él con un collar de hortensias en el pecho desnudo, tocando el ukulele.

—¿Qué tienes, niña? ¿Estás loca? —espetó Mrs. Kramer. Y su terrible voz exacerbó de tal modo la hilaridad en la niña,



que contagió al señor y acabó dentro del concierto de carcajadas la señora:

“¡Ji, ji... jo, jo, jo... ja, ja, ja, ja...”

—Bueno, bueno, bueno, hasta mañana— la besó su madre, ya recobrado el dominio de su severa condición.

—Tienes que levantarte temprano para ir a la escuela. ¡Hasta mañana! —la besó el padre.

Apresurada subió las escaleras para comunicarle a Brother, que leía una historieta de criminales, su encuentro con Blanche. ¡Ah, pero Blanche!, ¿no era su secreto? Las palabras quedaron flotando en sus labios (“Look, Brother”)... reducidas a una suspensa exclamación, al advertir el conato de perfidia por su parte, pues el secreto de matar al ogro del hastío no era sólo suyo, y he ahí que, desde luego, con todo cuanto significa defensa de ilusiones y esperanzas, lo guardó.

2

El botón rojo

A las ocho y media de aquella mañana de Pentecostés, Nancy había terminado de bañarse. Pasó a su estancia única de cate-drática célibe (socióloga universitaria), y tras del tafetán impecable de los visillos miró la luz que doraba el verde pasto del campo que a distancia se extendía. Puso a medio tono su radio, donde los coros acompañados de música eclesiástica, que las estaciones en cadena trasmitían a todo el país, le anticipaban el espectáculo del servicio dominical en el templo presbiteriano al que habría de asistir a las diez.

Acababa de vestirse sus ropas nítidas cuando, abajo, sonó la campanilla. Segura de quién llamaba, se acercó a la pared para oprimir la esferita del ronco timbre que dejaba libre el pestillo. Entreabrió la puerta del aposento y exhortó:

—¡Adelante!

Todo lo lacónica, adusta, robusta, cauta y ordenada que era Nancy, era de parlanchina Hazel, amén de risueña, enjuta, confiada, distraída y profesora de filosofía.

Nancy jamás olvidará la ocasión en que Hazel vino queján-

dose de dolores de pies; averiguada la causa ocurrió tan solo que llevaba el zapato derecho en el pie izquierdo y viceversa. Sin embargo, a Hazel le reconocían varias personas inteligencia y agudeza. Pero aunque así no sucediera, el hecho de que ahora llegase de visita en los preliminares de la celebración local de uno de los espirituales acontecimientos magnos, festejado cada año por la terrena cristiandad, instó a Nancy a parafrasear mentalmente al poeta escocés Robbie Burns:

*O would some one the giftie gie
us
to see ourselves as others see
us.*

Con esta inferencia, la corpulenta preguntó a su amiga menuda, quien, sonriendo, le miraba el prominente busto.

—¿Me cae bien el vestido, Hazel?

—Muy bien, Nancy.

—¿Se nota alguna arruga?

—No... ninguna.

De espaldas a Hazel cruzó Nancy a cortos pasos el largo del aposento.

—Mira bien abajo... ¿Sobresale de los bordes algo del fondo?

—No, nada.

Retornó para colocarse el sombrero frente al espejo del tocador, y se dio vuelta.

—¿No se ve desgarbado... torcido... el sombrero?

—No, Nancy. Está perfecto.

—¿Te gusta el vestido?

—Sí... sí —repuso Hazel—. Pero... pero... me gusta más el azul que te vi puesto sólo una vez. Yo tengo uno exactamente igual.

A Nancy le mortificó sobremanera que su amiga, con esa fama de disparatada, tuviese un vestido idéntico al suyo. Pero Hazel que, además, solía ser traviesa, dándose cuenta del sentimiento que había provocado continuó:

—Y hasta sé donde lo compraste, Nancy... Muy cerca de aquí. ¿Quieres que te diga?

Nancy pensó en la tienda “Modish Style”, de la calle Mayor de Springfield (no el Springfield de Massachusetts sino cualquiera otro de los cientos de Springfield que hay en la extensa nación), y exclamó acremente:

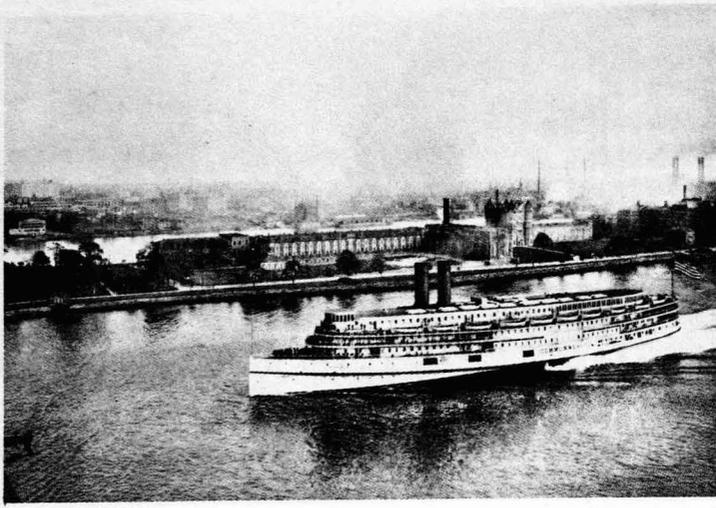
—¡No!

—Parece que no te gusta mucho ese vestido... ¡Es tan lindo!

—No —replicó Nancy, con una aspereza que bien pudiera atribuirse a su habitual sequedad. —¡Nunca me ha gustado!

—¿No? —adujo, ansiosa y siempre sonriente Hazel para vaciar una catarata de elogios al vestido azul y terminar así:

—Me gusta muchísimo, Nancy ¡Me encanta! Y a propósito, al ver el mío esta mañana noté que le falta un botón. Pensaba



estrenarlo para ir a la iglesia hoy, pero como está cerrado el almacén... ¿no me prestas un botón del tuyo?

En seguida comprendió Hazel que lo irreflexivamente pedido era un absurdo. No podría ocurrírsele diablura semejante más que a una filósofa excéntrica. Ésta sí hubiera accedido sin la menor duda, desde luego, a una petición de tal naturaleza. ¿Pero no es cosa de pensar en la perplejidad de usted, señora o señorita, si su vecina le pidiera un botón de uno de sus vestidos nuevos y de los más caros, o en la de usted, señor, si un amigo de infancia solicitara lo mismo de uno de sus trajes buenos que cuelgan del perchero? Piénselo bien y aplíquelo a quien tal pida el calificativo que usted crea se merece.

Por su parte a Hazel no le preocupaba el calificativo, pues desde el momento en que no pudo convencer a su amiga de que era bonito el vestido azul, decidió con ahínco estrenar el suyo inmediatamente, mientras Nancy, viendo en la casual falta del botón la oportunidad de impedir que la filósofa estrenase, al menos por hoy, ese vestido idéntico a uno de los suyos sentenció:

—¡Ir sin un botón a la iglesia, ante los ojos de Dios, es indecente!

—Por esto solicito uno de los tuyos —trató de persuadir Hazel, abandonando por unos instantes la sonrisa.

—¡No!

Para Hazel no había en el mundo ya otro vestido que el azul. Con vehemencia inusitada insistió:

—¡Por favor! Yo misma despegaré aquí el botón, y mañana lunes vengo a devolvértelo y lo coso.

—¡No! —expuso con mayor irritación la hostigada, encerrándose en el baño.

—Saca el vestido, Nancy —alzó Hazel la voz hacia el baño. Le quito el botón ahora y cuando vengamos de la iglesia se lo pongo de nuevo, ¿ves?

—¡Noo!

Durante la ceremonia religiosa, Nancy perdió la devoción en miradas iracundas a Hazel porque consumó su capricho de estrenar el vestido azul.

A la salida, Hazel permaneció un rato en el atrio del templo. Animadamente charlaba entre un grupo de discípulas, cuando Nancy pasó a espaldas suyas y observó que aunque no le faltaba ningún botón al vestido, tenía uno de color distinto a los demás.

Se dijo indignada:

—Es inconcebible, ultrajante y, sobre todo, ¡en una maestra! ¡Miren que ponerle un botón rojo!

Cruzó la calle. Acordes a su seguro paso resonaban en sus sienes con furor:

—¡El vestido azul! ¡El botón rojo! —Sin ver que el sol bruñía el revoloteo de los pájaros ni oír las campanas vibrantes, luminosas, del reloj del templo que anunciaban las doce.

3

Maytía

[PARA UNO DE LOS CATÁLOGOS DEL
PINTOR MARIO OROZCO RIVERA]

MARIO: la ratita dormía en una blanca y pequeña caja de cartón. Pero yo ignoraba su existencia cuando camino del Norte va el barco maderero, al que con papeles falsos y el nombre de Víctor entré de grumete en los tiempos de las vacas gordas, durante la posguerra primera, el año 20.

Míralo.

Era un silencioso monstruo negro, cuyas bandas de babor y estribor rasqueteábamos con las espátulas al igual que sus aletas de popa y sus amuras de proa, para que las relujasen luego nuestras brochas, cuando en días serenos íbamos sentados, junto a botes de pintura, sobre tabloncillos colgantes de la borda. Dentro de mí veo aún —además— su chimenea negra, su humo y ondear su bandera por encima de la corredera.

Cuando menos lo pienso escucho todavía sus formales campanadas de cambios de guardia y los roncros e interminables pitazos en las noches de niebla. Rememoro también su andadura, surcando en bamboleante bisbiseo el océano tenebroso; sus macilentas luces —al centro amarilla, a estribor verde, a babor encarnada— y repito los primeros versos que acerca del reglamento de abordaje recitaba mentalmente allí, por haberlos aprendido en otros buques meses antes:

Si ambas luces de un vapor
por la proa has avistado
debes caer a estribor
dejando ver tu encarnado.

Si da verde con el verde
o el encarnado con tu igual,
entonces nada se pierde:
¡siga rumbo cada cual!

Si a estribor ves colorado,
precavido habrás de obrar;
párate ahí —con cuidado—
o modera o manda ciar.

Pertenecía yo —como tú, según ves— a la gente de todas partes del mundo que se construye sola, y más en esa época.

Un grumete debe saber bogar, nadar, maniobrar con anclas y cadenas en los escobenes, entongar en los pañoles, desempe-



ñar faenas de cubierta; después: conocer señales de banderas, señales de driza. Come uno en la cocina y duerme dentro del sollado —dormitorio colectivo— en su coy o hamaca de lona.

Pasé a fogonero. Por no alargar el cuento, diré sólo que aprendí a leer el tacómetro para seguir las órdenes sobre velocidad. Además, en el cuarto de máquinas, ayudé a uno de los engrasadores —gigantesco, forzado vasco, ya cuarentón— de quien perennemente recuerdo el más religioso silencio a horas de trabajo y que nunca supe sino su apodo: *Bastard*.

A partir del ascenso no como más en la cocina. Tengo cubierto seguro con otros fogoneros y maestros, contra maestros, engrasadores, timoneles... en un sitio del sollado, que a tiempos del diario manducar se transforma de dormitorio en comedor mediante mesas desmontables que ayudantes de cocina y marmitones quitan al final del servicio.

Mis turnos son de 8 a 12 de la mañana y de 8 a 12 de la noche. Ahora me miro al salir de la faena nocturna, puesto a la barandilla de proa, en la penumbra, cerca del bulto de alguno de los escandinavos —noruegos, daneses— cuyos ojos de ópalo, bajo el sombrero de hule con alas caídas, escrutan la profunda oscuridad del ámbito del mar y entre los ecos del oleaje y espaciados chirridos del contoneo de la embarcación, ven —materialmente ven y oyen— a las sirenas de leyenda cantando sobre el rizo lejano de la espuma. Repaso las historias de hombres enloquecidos, tripulantes que fascinados se lanzaron a seguirlas, convulsos de terror los pensamientos y corazones, siempre infantiles, de los nórdicos. Yo simplemente veo serpenteantes, azuleando, feéricas, unas insomnes bandadas de toninas. Reflexiono en estos hombres, mis compañeros clásicos, taciturnos, de este pequeño cosmos que es un barco. ¿Quién de ellos no habrá traído a bordo, para que le distraiga de su soledad, un loro pícaro, una guacamaya chirle, un mono mimado? De otra parte saben, sin quererlo, a simple vista, por los ademanes, el andar, el matiz de la voz, el tono de la piel o quizá únicamente su olor, el origen de los otros navegantes: si provienen de padres marinos, si surgieron de los bajos fondos de los puertos, si alguno fue un chico campesino empujado al mar para permanecer como isla en toda su existencia. Intuyen, pues, que de los últimos es *Bastard*, desde cuando acaso quedó huérfano y sin otra memoria de familia que la menesterosa sombra de un padre vicioso que tal vez lo golpeaba siempre y murió un día. Pueden darle vueltas al mundo y tocar todos sus puertos sin conocer de ellos más que muelles, sus tabernas cercanas y adyacentes prostíbulos. De quedar en tierra, cualquiera prediría su estado y paradero: tendido, inconsciente de alcohol, en algún callejón próximo al mar o al río, un burdel, o la cárcel a consecuencia de una riña. No pocos, sin embargo, por encima de la más fenomenal borrachera, llegan siempre a dormir a bordo. *Bastard* es de éstos, y tiene dos obsesiones: aborrecer la tierra y negar a Dios. Pero el hecho de que años atrás, una siniestra noche de tormenta, cayera un

tripulante al agua y *Bastard* se arrojara en pos de aquél y lo salvase, le ha valido una tradicional veneración a la que debe su litera en camarote. Su apodo es tan sólo reciprocidad al que otorga el vasco a la marinería entera, salvo a mí, a quien —como deferencia quizás al vínculo idiomático— llama por el nombre aunque añadiendo el *bastard*.

—Hey, yu, Víctor... bastard, quiv mi do bred!

Le paso el pan.

—¡Sarta de bastardos! —me sonrío a medias y medio le sonrío.

Parece como si de su austeridad muda en horas de servicio, quisiera desquitarse con creces en las del comedor.





—¡Tantas medallas y escapularios al pescuezo! ¡No hay Dios, bastardos!

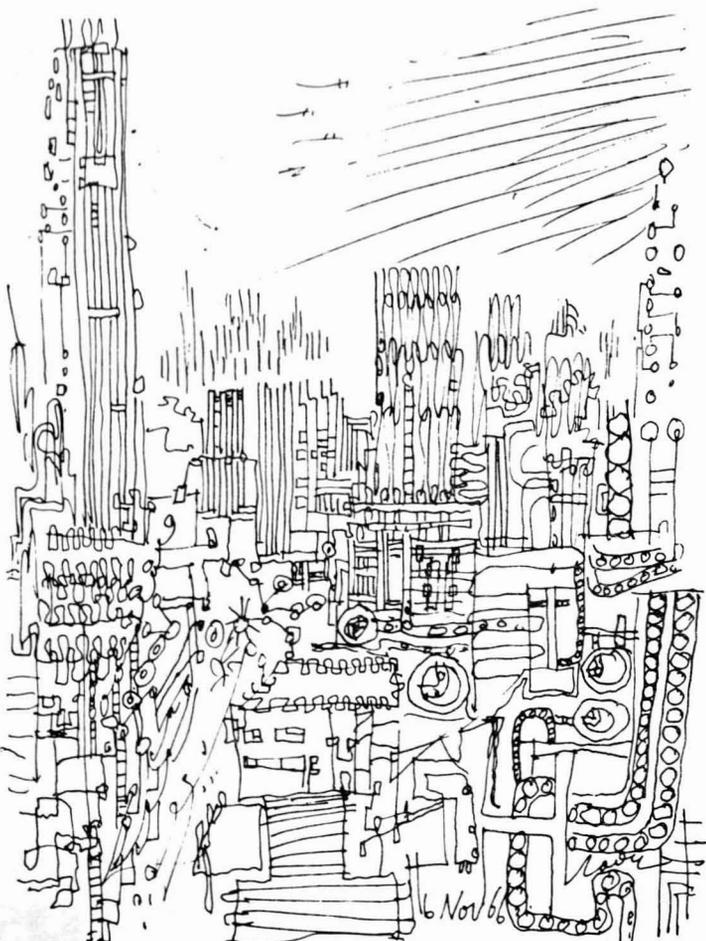
Entre aquellos anatemas a puñetazos sobre la mesa (y de los cuales no suelen comprenderle sino acaso, remotamente, sólo el sentido) vuela quedo, en contrapunto al vozarrón, un grave mosconeo de los otros, que profieren sin levantar la vista del plato:

—¡Bastard! ¡Bastard! ¡Bastard! ¡Bastard!

¡Bedford! Revivo la tarde soleada en que con mi equipaje al hombro subo al barco en Bedford, Massachusetts. Idioma común a bordo: el inglés de cada uno a remembranza del latín que chapurreaban los mercenarios a sueldo del Imperio Romano. Y así, aparte de los nombres de las máquinas y las herramientas, el habla del *Bastard* es ininteligible para todos excepto para mí, gracias a lo poco que del español a uno con otro nos enlaza.

Sospecharás ya, Mario, que en este momento viro, veo al timonel en el puente distante, al serviola que otea desde la cofra, y mientras sopla el brisote bajo un cielo luminoso y camino con ganas de tumbarme sobre mi coy del sollado, cruzo rasando el camarote del *Bastard* y me llega de adentro su voz:

—Aquí tienes caldo, carne. Estas galletas y la lechita para mañana. A ver, ¿qué has hecho, Maytía?¹



El gigante desata un canto de *erres*, que anuda en bronca risa:

—Ven, ven. En seguida lavo los cacharros; te das tu baño, y a dormir hasta mañana. Hay que ser limpios, Maytía... pues, pues; no hay Dios, Maytía!

He oído más o menos lo mismo en diversas ocasiones. “¿Maytía... Maytía?” Ignoro particularidades del confidencial trance, que supongo sepa toda la tripulación, y por eso no las averiguo.

Me voy a dormir.

Amanece lloviznando, frío, en funeral atmósfera.

Por la tarde comienza el huracán.

En la noche, ante la saña de bandazos continuos que mecían las mesas del comedor, *Bastard* manoteaba, denostando más denodado que nunca.

—¡No hay Dios! ¡No hay Dios!

De pronto crujió todo, de babor a estribor; cruje, oscila, restalla entre uno de esos estremecimientos que proceden de popa cuando sus hélices giran al vacío y pensamos que la nave se parte por mitad mientras un sentón pavoroso de la proa y el ruido de objetos que se vienen abajo prolongan los instantes y dejan los sentidos en suspenso, sólo con el oído atento en espera del destino.

Entonces, nunca me olvidaré, *Bastard* persistió, encarado hacia los rostros pálidos de angustia:

—¡Miren, bastardos! ¡Oigan, oigan! ¿Hay Dios? ¡No! ¡No hay Dios!

Pero de inmediato el gigante abandonó su asiento, y presuroso, hasta donde le permitía el bamboleo, echó a correr. Los demás le seguimos, imaginando —tal vez todos, como yo— que se debiese al barrunto suyo de un grave desperfecto arriba.

La embarcación había recobrado su equilibrio. Sobre cubierta, en aquel intervalo de quietud, oímos un aullido gemebundo.

Luego, débiles sollozos; y con ellos apareció *Bastard* a la puerta de su camarote.

—¡Maytía, Maytía, Maytía!

En conmovido silencio se retiraron los mayores, que comprendieron respetuosos la causa del dolor.

Yo —inexperto— permanecí desconcertado, interrogante.

—Para que crean tantos bastardos que hay Dios... ¡Mira!

Sus manos temblonas aprisionaban una nivea, lustrosa, pequeña caja de cartón. Al fondo, en gesto yerto de dientes salidos y sobre un trazo caprichoso de su sangre, yacía exánime una ratita blanca que acababa de perecer al caerle una tabla en el momento culminante del peligro.

—Encárgate de ella —azogó, quebrantado, el descomunal engrasador— Maytía... ¡Pobre criatura! Yo no puedo...

¹ Querida, en vascuence.

Recibí el despojo. Caminé contra el vendaval que me azotaba terco e impedía ir adelante; llegué a la borda del barco e inclinándome lancé al mar inmenso la cajita, que albeó a flote un segundo y se perdió en las tinieblas bajo el trallazo de una ola que bañó la cubierta.

Este es el cuento, Mario. Guárdalo para tus hijos y que lo lean los suyos —tus nietos— el año 2015, cuando sepan que de algunas botellas vacías, arrojadas al mar, puede oírse, como el eco de un rumoroso caracol: “La ratita dormía en una blanca y pequeña caja de cartón.”

4

Miss Fields

Allá y aquí hay —; quién no lo sabe!— ciertos establecimientos que se dedican a prestar libros mediante el pago de unos cuantos centavos. Llegas, das tu nombre y domicilio que inscriben en una tarjeta; pagas por adelantado el arriendo; te llevas el libro, y a los pocos días lo devuelves.

De tan sencillo modo el vulgo lee un incalculable número de obras iguales en su vida. Y en Norteamérica, nadie ignora que la casi totalidad de las personas aficionadas a la lectura son mujeres.

A prima noche todo el mundo anda en trance de la comida y es raro, entonces, que toda tienda que no venda cosas de comer no esté desierta. Pero precisamente a esas horas acostumbraba llegar una mujer joven a una de aquellas librerías, cuya propietaria era de visible origen anglosajón, con pelo rubio mortecino, lentes, nariz larga, saltones ojos de azul claro, alta, ni gorda ni flaca y general aspecto —no obstante lo insípido— de gente que, nacida en provincia, conserva todo lo bueno entre lo malo que fue característico al yanqui del pasado siglo.

Una vez en que la joven repasaba los títulos de los libros, la propietaria dijo, sonriendo, para referirse a un volumen que tenía cerca de la mano:

—Me han dicho que esta novela es muy interesante. Por eso la empecé a leer; pero como soy tan estúpida no pude terminarla.

—Como yo también soy tan estúpida, miss Fields —replicó la joven—, no me la llevo, pues temo que me suceda lo mismo.



—¿Estúpida usted, miss Green? —exclamó la patrona—. ¿Estúpida con ese mirar, con tal frente, con esa boca, con tales líneas poderosas en el rostro...? ¡Imposible! No: yo sé mucho de esto. Desde que la vi por vez primera pensé de usted: “Nada me extrañaría que fuese genio.”

—Muchas gracias —sonrió miss Green. Y eligió otro libro.

Cuando tres noches después regresó para devolver ese volumen y llevarse uno nuevo, encontró cerrada la librería, y a la noche siguiente que vino con el mismo propósito, notó más alargada la cara de miss Fields y los saltones ojos azules más inmóviles detrás de los lentes, como si el alma anduviera errante en una honda congoja.

—Vine ayer y estuvo cerrado —deslizó en solícito e indirecto estilo femenino la joven, al bucear, afable, la causa del transido ánimo de la librera, quien cruzada de manos suspiró varias veces, mientras se le arrasaba ligeramente el blanco y el pálido azul de las pupilas y toda la nariz subía de color hasta ponerse púrpura.

—Mi hermana —empezó a decir—, como padece del corazón cayó ayer con un ataque al bajar las escaleras de la casa y tuve, miss Green, que trasladarla al hospital. Resultó con una pierna y un brazo fracturados. Allí me pasé todo el día y buena parte de la noche: por eso no pude abrir el establecimiento.

—¡Oh, miss Fields, crea que lo siento mucho! —exclamó la joven sinceramente apesurada ante la nariz, cuyo amoratamiento crecía de punto, y para demostrar su condolencia se tomó la libertad de propinar dos benévolas palmaditas al hombro de la librera, que cuchicheó en seguida:

—Y hoy a mediodía, cuando estuve a verla en el hospital, me contó que un hombre bajito, muy bajito y bien vestido, con el sombrero puesto, vino a sentarse a los pies de su cama, y por más que le suplicaba y amenazaba, no se iba. Tuvo, pues, que llamar a la enfermera; llegó ésta y se lo llevó cargado.

Miss Green sintió de súbito un desasosiego inenarrable por el tono de la voz, la niebla en los ojos, la nariz amoratada y ese viso de verosimilitud afirmativo que diese miss Fields a sus últimas palabras; pero repuesta luego, y ya con ganas de salir corriendo del establecimiento, adujo:

—Tales visiones son propias del delirio, cuando sube la temperatura, como es natural, en cualquier enfermedad.

—Eso le dije yo —repuso miss Fields—, pero ella contestó que entonces ¿por qué había visto al enano en brazos de la enfermera que lo alzó de la cama y sacó del cuarto a viva fuerza, y por qué se sintió ya bien, muy tranquila, después...?

En ese instante bajó algo de color el morado en la nariz de la patrona y se disipó casi la niebla de sus ojos, para sonreír de tan apacible y extraña suerte que infundió pavor a la joven.

—Es de familia. Sí, nosotras con un poco de calentura, nos volvemos locas furiosas.

Miss Green se dispuso a ganar la puerta, y desde allí, con el puño del pestillo en la mano izquierda, y en la derecha el libro



en turno, cuyo arriendo había pagado ya, se despidió.

—Adiós... ¡Que se mejore pronto su hermana!

—Gracias...

Posteriormente continuó empleando el mismo método de preguntar por la enferma, en el instante preciso de salir de la librería, y obtuvo, con purpurarse aquella nariz e idéntico nublamiento de ojos, estas sucesivas respuestas: "Sigue igual", "un poquito mejor", "está peor. Gracias, miss Green."

Pero una noche, más visiblemente afligida, subido el color nasal y arrasadas las pupilas, contestó trémula, honda la voz:

—El doctor no le da sino tres días.

Miss Green creyó de su deber aflojar el puño del picaporte y, recordando que miss Fields y familia —según confesión propia de la patrona en charlas anteriores— eran muy devotas anglicanas, caminó hacia dentro del establecimiento y trató de impartir su consuelo, diciendo que en el destino de la vida sólo Dios tiene poder, que los médicos frecuentemente se equivocan y que, además, a la enferma le quedaba el gran auxilio espiritual de la religión, recurso éste que haría sus penas mucho menos angustiosas, de la misma forma que a ella, la librera, serviría de alivio no olvidarlo y pensar que en ninguna otra mano sino en las de la Providencia Divina radicaba el desenlace, a todo lo cual miss Fields asentía con movimientos de cabeza, disminución del tinte morado en la nariz y paulatina secadura de sus azules ojos claros.

La vez próxima que miss Green vino, encontró cerrado el establecimiento; pero entonces, justamente por esa circunstancia que fuera tan ostensible presagio, no quiso volver sino hasta cuatro noches más tarde. Y esta noche miss Fields veíase alegre, conversando con otras dos señoras.

A la joven le alegraron mucho de veras tales risueñas muestras —¡qué mejor síntoma!— en la conducta de la propietaria de la librería y debido a ello, sólo por cortesía, interrogó al salir, desde la puerta.

Miss Fields, tras ligero parpadeo de pájaro, replicó en agudo trino:

—Ahora está muy bien... —y desentendida siguió de animosa plática con sus visitas.

En la ocasión posterior la joven la felicitó, recordando de paso cuanto le había dicho acerca de los repetidos engaños que sufren los médicos.

A miss Fields volvió a ponérsele roja toda la nariz, honda la voz, y a empapársele de nuevo, tenuemente, los ojos azules y saltones:

—El doctor tuvo razón. Duró sólo tres días...

—Pero si la vez pasada, después de transcurrida una semana, me dijo usted que ya estaba muy bien.

—Le dije a usted que ya estaba muy bien, porque no hay derecho a importunar a personas que acaba una de conocer y vienen por primera vez de visita; pero, desgraciadamente, miss Green, niña mía, mi pobre hermana Dorothy, murió.

5

La conjura

Tenía Olga Rappaport una estatura demasiado pequeña para sus once años, busto hundido, brazos débiles, piernas enclenques, cabeza grandísima sobre sus hombros raquíuticos, los huesos de la cadera como filos de navaja y las más pajizas y estropajosas trenzas anudadas con ligas de hule negro. Sus pecas, de grandes, gordas y oscuras, semejaban verrugas, y era su frente abombada, corta y angosta delante del nacimiento de su pelo, que de tan estirado hacia atrás dijérase le subía la parte superior del rostro, abandonando el resto, donde una dolorida boca sugería una expresión triste de vejez. El labio inferior, caído, latía por alcanzar el de arriba y en tales contorsiones de derecha a izquierda que, a veces, asustaba no sólo a los condiscípulos sino a la propia maestra. Nunca articuló esa boca una palabra de queja; pero al igual que podía gemir prolongadamente como animalito herido, fijaba en el ánimo la molesta impresión de saber cosas recónditas del alma ajena y que no pudiera engañarse ni engañar.

Así, ya que de por sí mostrábase incapaz del candor para ofrecer y recibir un desengaño, la chiquilla estaba —en el concepto infantil— fuera de los límites de la convivencia, y no hubo quien imaginase llamarla para una travesura o cualquier juego, más aún habiéndose dividido la tropa del salón de clases en dos sectores de actitud bien definida, según idiosincrasia de sexo: las niñas a ignorarla —evitando hasta el dirigirle una mirada— y los niños a vengarse, atormentándola.

Quizá por esto sea más meritorio el comportamiento de Ellen Webster, que a ratos andaba preocupada en rogar a Dios cambiara el físico de la Rappaport, cuando no se preguntaba el *porqué* no favoreció a esa niña con otros dones que unas manos arcangélicas, de prodigio, pues los azules ojos, aguanosos, sin ser muy chicos lo parecían demasiado a causa de la nariz que le cubría en sesgo casi todo el centro de la cara, circunstancia por la cual no dejó de haber gente inadvertida que la creyese bizca. Y con esos ojos, ¿quién pudo saber cuándo rompería Olga Rappaport a llorar y de dónde y cómo provendría el llanto? Porque, en efecto, las lágrimas que debieron brotarle de aquellos cañoncitos azules —de insondable azul de abismo— y le inundaban los surcos del rostro para seguir camino abajo a chorros, persuadían a la escuela entera de que manaban sin conocimiento de los ojos de la cara, y que del lloro sólo salía



la boca, que de verdad concentraba la expresión predominante de agónico, terrible, dolor de alma. ¿Pero dónde hubo allí la niña o niño capaz de soportar quieto la vista en ese llanto? Ninguno: todos la quitaban prestamente, como resentidos de la boca sabia.

Las manos de Olga eran las más tersas, de líneas finas y ensoñadora forma que la niña más hermosa pudiera ostentar. Con frecuencia, viéndolas Ellen de improviso, levantaba fugaz e inconscientemente los ojos, en olvido o en sueños, anticipándose la esperanza de sorprenderse ante la contemplación de un rostro incomparable. Y en el choque de la realidad se preguntaba luego, reflexiva, si la otra niña ignoraría esta contradicción, pues aunque bajo su aspecto de alarmante ausencia (de hallarse borrada, extraviada en bruma, de donde no hubo quien viniese a rescatarla) no era estúpida ni mucho menos.

II

No se sentía cómoda Ellen Webster junto a Olga Rappaport, porque significaba entrar de lleno en el reino de la inanición y el monosilabo.

De semejante modo, en el comedor escolar cambiaban sandwiches, muy solemnes, pues en el diario trámite los ademanes de la segunda eran quedos, suaves, lentos.

"Sin ningún género de duda" —pensaba, en silencio, la primera— *"no hay ninguna imaginación en tu casa. Día con día, todos los días, infaliblemente, traes estos fríos y amarillosos huevos revueltos entre cuatro rebanadas de pan blanco, tu trocito de arenque y estas dos manzanas chicas."*

El trocito de arenque fue causa de los motes de "Olga Arenque" o "cara de arenque", lanzados al rostro como saliva que le cayera en el pecho, sobre aquellas sus blanquecinas blusas marineras, que aun siendo limpias —acaso nuevas— siempre iban rugosas, flojas y en apariencia percutidas, cual si fuesen de relance o heredadas de alguna hermana mayor.

Detestaba Ellen por completo los sandwiches de huevo, pero a veces cambiaba y —la mayoría— le regalaba a Olga uno de los suyos con pollo, queso, salchichas o ensalada de jamón en pan moreno, sólo por el callado regocijo de sentir *"como si uno mismo estuviera comiendo lo que otro come"* y el de verle resplandecer toda la cara al morder y mascar, particularmente los de ensalada de jamón, que a menudo eran motivo de que las vituperasen varios niños judíos, imbuídos por la sectarista restricción de sus mayores.

Al terminar la chica pobre, después de recoger todas las miguitas, se lamía los exquisitos cinco dedos de cada una de sus manos, y luego, lenta y deliberadamente, se relamía los gruesos y anchos labios, mientras Ellen desviaba la vista en un sentimiento conjunto de piedad, disgusto y menosprecio.

Si sus calificaciones no llegaron a las tres o cuatro más altas, nunca fueron tampoco malas o inferiores. Para los exámenes escritos resolvía enigmas y problemas, donde buen número de alumnos fracasaban. Pero en las clases, inmóvil tras del pupitre, las horas se le iban con la vista desviada, fija en la ventana, en el espacio, hasta que Miss Brown, ya iracunda, la reprendía por su falta de atención. Entonces la boca sabia se petrificaba y las finas manos, la izquierda sobre la derecha y viceversa, pasaban y repasaban en frote angustioso, sucediendo luego que la maestra descargara toda su reconcentrada bilis, y empezaban suspiros en respiración difícil, un sollozo y tras ellos hondos gemidos que podían durar hasta una hora con arroyos de lágrimas, mientras no cesaban los frotos lastimeros ni paraban las contorsiones de la boca.

Empero, cuando sólo Miss Brown golpeaba y pateaba fuertemente desde su escritorio, para luego dirigir ciertos comentarios humorísticos a la transfiguración de la mirada inmóvil de Olga, ésta se cubría en seguida la cara con las manos, que de improviso dejaba caer sobre los muslos y a poco subía sin tino, con las presurosas frotaciones, entre una sonrisa de espectro en que *"vagaba el otro mundo"*. Todos deseaban entonces que llorase; pero no, y era lo peor. Pronto la sonrisa se tornaba en una mueca, mueca de sabiduría, bajo la cual el salón entero —las niñas, los niños, la maestra sobrecogíase de un frío atroz, frío de pánico.

"(Todo denotaba que sabía y quería imponer miedo; pero nadie pensaba en el que ella sentía.)" A medida que la boca iba adquiriendo un resignado gesto de conmiseración, de indecible piedad, tornaba para los otros la calma entre un mudo rencor de bravura ofendida.

—¡Deje de sonreír así! —exclamaba Miss Brown, tempestuosa la voz, al reponerse, aún pálida, de aquel trance de su espanto. —Y tenga esas manos quietas! —añadía, echando lumbre por los ojos hacia el mariposeo de esos dedos que ondeaban en ruego a sí mismos de una explicación, una disculpa.

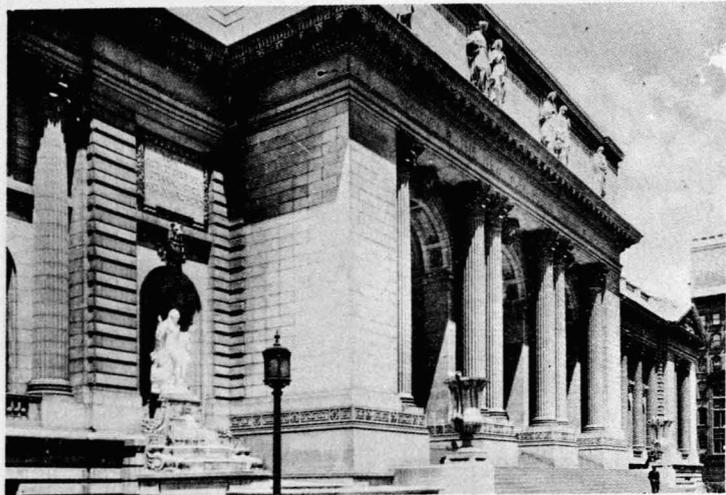
Olga se desguanzaba, untando la resbalosa espalda por todo el respaldo del asiento, mientras asentía, sumisa:

—Sí, ma . . . , sí, ma . . . Sí, sí, miss . . . Sí, maes . . . , sí, maestra . . . maestra.

—¿Y cuántas veces voy a decirle que no se repita, que no repita tanto una misma palabra?

Había en el tono de Miss Brown una visible dignidad, una queja en contra de sí por los regaños y un vano afán de suavizarlos; pero lo cierto es que timbre de igual aspereza no le salía para sus otros alumnos ni en los momentos de mayor cólera. El tronante sonido que en tales ocasiones brotaba de la insignificancia del cuerpo delgado y bajito de la pueril mujer era tan sorprendentemente brutal, que hasta criaturas de nervios mejor equilibrados, como Ellen, recibían en el espinazo una helada sensación.

De reproche a reproche Olga Rappaport sonreía y, después, si no lloraba, la sonrisa iba recorriendo una larga escala de



expresiones, ya perpleja o astuta, ora boba, despectiva, inteligente, ya severa o triste, ora sardónica, y de pronto, ansiosa, respondía:

—Sí, ma . . . , ma . . . , maestra. Sí, sí, maestra.

“Como había pasado el momento culminante del pavor espectral”, Miss Brown, al inferir de aquella respuesta un desafío —cosa que de lo más hondo de lo remoto de las revulsiones del miedo, sin duda era verdad— cruzaba los brazos y, contraídos por entero los músculos, meneaba la cabeza de un lado a otro . . . Ya los anónimos rostros del salón habían estallado en agudo coro de risitas, y ni Ellen (aunque ruborizadas las mejillas de lástima y vergüenza) podía contener la suya entre los dientes. Entonces miraba furtiva, para pedir con aire conrito perdón a Olga, que deslizándose del asiento se agazapaba y permanecía escondida, oculta bajo el pupitre. Y la cara estíptica de la maestra con sus pesadumbres, decepciones, derrotas, infortunio y despechos, a lo mejor desde la cuna hasta sus días, llegaba junto a la pusilánime suscitadora del desorden, y como era ésta una provocativa e irresistible tentación se cebaba el aprobio del tormento en la desgracia.

En casos de lecciones orales, ¿cómo levantar voluntariamente la mano para pedir la palabra y contestar? De cuando en cuando Miss Brown, sin embargo, preguntaba, obligándola a ponerse de pie y responder. Sobre el mosconeo de su ininteligible, su lúgubre tartamudez, cundía la hilaridad.

¿Con qué soterrados móviles del subconsciente y del instinto relacionar el que sólo después de este espectáculo sus discípulos la perseguían a pedradas en el camino hasta cerca de su casa?

El miedo le daba alas.

Ninguno de sus agresores tan ágiles para correr, y nunca una piedra la hirió físicamente.

Pero el mismo miedo, su amigo y Ángel Guardián era también su Enemigo Malo. Sólo él, dentro de sí en lo interno y para lo externo, la convertía en despreciable y en un sentir que, con el hábito —aparte de la terrible crueldad ajena— se forma el querer ser objeto del desprecio, del rechazo.

Pues Andy Rian, por ejemplo, un chico irlandés, también pecosco, de cara de rata, sin mentón, nariz aplastada, dientes salidizos, ojos saltones de sapo y más malo que Gestas, era nada menos que azote de maestras, gozo de los chicos y delicia de las chicas, que lo celebraban por el encanto principal de su impudencia.

Olga, en cambio, se sentaba en un rincón encogidita, para que nadie la notase dentro del comedor, y allí, a la esquina de una mesa, con la cabeza baja y su sonrisa torcida, esperaba por Ellen, mientras de reojo miraba, toda temblorosa.

¡Qué niños vivarachos, listos, los de mi generación y de Lyndon Johnson! Sabiendo tanto del mal y ejecutarlo, no lograron hallarle a Olga Rappaport un solo apodo justo que aludiese a su fealdad, a su físico, pues los cristianos (gentiles para los

judíos) de “Olga Arenque” o “cara de arenque” provenían de una esencia sutil, anglosajona, cultivada en sus casas por padres y parientes para decir en arteros términos *judía*, y los judíos de “la llorona” o “gato miedoso” no apuntaban sino a condiciones del espíritu.

III

Una vez, Miss Brown, vencida por la compasión (véase un THESAURUS inglés y encuéntrense paráfrasis que mejor expresen la esencia del término) mandó citar a la madre de la Rappaport para “discutir la timidez de la niña”.

Miss Brown debe sentirse todavía más culpable que un demonio ante la memoria de haber golpeado de tiempo en tiempo a Olga, o nunca hubiera recurrido a la finura del citatorio.

Castigada por alguna fechoría, Ellen, después de clase, lle-





vaba en el centro del salón casi una hora de pie, con los brazos incómodamente cruzados a la espalda, cuando la señora Rappaport entró.

Escuchó Ellen este nombre y la frase *“discutir la timidez de su niña”* en labios de Miss Brown, y con tamaño boca abierta del asombro (y cierto susto de que jamás pudiera ocurrírsele antes que Olga Rappaport tuviese madre) miró a la recién llegada.

La señora era baja de estatura, gorda, pechugona, de posaderas prominentes, rojas mejillas y pelo entrecano. Precisamente por semejanzas con la propia madre suya, Ellen la juzgó vieja para ser la de Olga y observó que la hija en nada se le parecía, ni siquiera en las manos: las de aquella mujer no tenían vestigios de la menor delicadeza ni fascinación, y sí eran —más que rollizas— repletas, con hoyuelos en los dedos.

Hablaba la señora poco inglés y sin duda entendía menos, por lo que la entrevista no produjo ningún buen resultado.

La maestra anonadaba a la Rappaport y la jerga de ésta aturdió a Miss Brown. *“Ahora... ahora, ahora sí que pierdes los estribos, le sueltas la granizada de majaderías a que nos tienes acostumbrados... y se arma”* —pensó Ellen, tronándose los dedos por detrás de la espalda, con el retozo, las chispeantes ganas de saltar del júbilo. Pero en vez de eso, su maestra despidió, sonriendo, a la señora Rappaport tan pronto como pudo.

—¡Bueno, pues en mi vida he visto yo! ¡Qué gente, Dios mío! ¡Me lavo las manos!— rugió Miss Brown así que abrió el closet, sin mirarse al espejo que había en el reverso de la hoja de puerta *“y como estaba lejos de ser guapa se encasquetó el sombrero, con ese masculino ademán que le daba el aspecto de no haber sido atractiva en ningún instante de su vida”*. ¡Pobre Miss Brown!

—Puedes irte, Ellen, pero si te pesco pasando papeles otra vez, te pongo negra de la tunda.

Toda persona que de un tercio de siglo atrás haya estado en una escuela y sienta en la memoria que de repente le tocaron del banco vecino y bajó la mano y sólo leyó —si no es que atementó, además, de su cosecha—, debe, para desagravio de sus maestras, volver a esos papeles:

“Mira cómo se le está saliendo el camisón debajo de la falda.”

“Mírala qué fea.”

“Mira la cara de perro que tiene.”

“¿Has visto al hombre tan horroroso que la acompaña cuando llega en las mañanas?”

“¡Más horrible que ella!”

“¡Y vienen a distancia como si él, todavía, le tuviese miedo!”

iv

Ese “todavía” ¡era tan delicado!

Ellen, aquella vez, a las palabras de Miss Brown amenazán-

dola con ponerla negra de la tunda por lo de los papeles, alzó la cabeza y provocativamente dijo:

—¡Ah!, ¿sí? ¿A mí, tunda? ¡Pruebe a ver!

Mas, a pesar de su baladronada huyó a toda carrera, temerosa de que Miss Brown la atrapase por un costado de la blusa.

Durante uno de los días que siguieron, le preguntaron a Olga en clase y la obligaron a levantarse del asiento y hablar.

Por la tarde, a la salida, sobrevino invariable la pedriza de los chicos, y la criatura voló como de costumbre y resultó de nuevo ilesa.

Pero de aquel vuelo ya no apareció más en la escuela.

Poco después de morir de pulmonía se supo que desde los tres años de edad no tuvo padre, es decir que no lo conoció, y era él un músico, que una buena mañana dejó su casa y nunca regresó. Tal vez un accidente ignorado; quizás un percance misterioso de familia; tal vez la misma vida de familia lo espantó; tal vez cogió demasiado miedo al dedo del destino ante la vista de su mujer fea, de su desventurada niña fea... ¡Y voló! ¡Quién sabe!

Eso es cuanto supieron, sin deber traspasarse más, aquí, los límites de tanta conjetura.

Y así en ese manojito de niños asustados nació, bajo la sombra insinuación de un hálito de muerte, un poquito de respeto por Olga Rappaport, que alternativamente fue odiada o despreciada, y en ningún momento amada.

Hablaron de ella un húmedo, neblinoso y lluvioso mediodía, en el comedor, y Ellen, con temblorcito de barbilla derramó unas lágrimas, recordando cómo se sentaba encogidita, trémula y solita en la esquina de una de las mesas más cercanas al patio.

Varias veces aguardó en vano, cuando Ellen —debe confesarlo— la olvidaba en absoluto, distraída en charla y risas con otras niñas alegres, o en aprendizaje de algún nuevo juego con los chicos.

Hablaron, hablaron, hablaron, y de pronto la voz unísona de una mutua sombra interna los llevó a fundirse en la conjura por los fueros de la fuerza:

—¡Si ella nunca peleó, caramba!

—¡Si una vez siquiera le hubiese roto las narices a alguien!

—¡A ese Andy Rian...!

—¡O a ti, Ellen!

—¿Por qué tenía que llorar siempre así, verdad?

Nadie mencionó el miedo que les hizo pasar su sonrisa, y menos aún la belleza de sus manos.

Porque los sentimientos originados por contagio del medio son naturaleza de la Naturaleza y quedan en lo desconocido, más allá de las culpas, fuera de la comprensión del motivo de las causas.

Y a partir de la conversación de aquel mediodía obscuro y húmedo, todo, natural, naturalmente, se olvidó.
